

En esta misma época de decaimiento de la fé y de las costumbres, proporcionó el Señor á su Iglesia un nuevo refuerzo de tropas auxiliares por medio de San Francisco, natural de Asís en Umbria (1). Su nombre propio era el de Juan Bernardon y tuvo el de Franciseo por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria para el comercio que ejercía, como otros muchos de los principales ciudadanos de las ciudades de Italia. Aunque inclinado al placer, sin abandonarse no obstante á la disolucion, manifestó desde sus primeros años tan grande sensibilidad para con los pobres, que llegó á prescribirse por regla no negársela á ninguno, á lo menos cuando interpusiesen el nombre de Dios para pedirle limosna. Sin embargo, cierto dia en que se hallaba extraordinariamente ocupado en sus negocios, negó la limosna á un pobre contra su costumbre, é inmediatamente sintió un remordimiento tan vivo, que corrió tras él y se esforzó en darle satisfaccion asi con las tiernas espresiones de su afliccion, como con la abundancia de su liberalidad. Luego prometió á Dios no negársela á ninguno en cuanto le fuese posible; lo que observó puntualmente toda su vida.

Algun tiempo despues, llevando un rico

puesto en el catálogo de los Santos, doce años despues de su gloriosa muerte, la orden de la Milicia de Jesucristo fué llamada tercera orden de penitencia de Santo Domingo. Mas como el Santo no habia dado regla alguna por escrito, acaeció que los superiores ó directores de las congregaciones de hermanos que se habian multiplicado en gran manera, mezclaron algunas prácticas segun su devocion particular que no estaban muy conformes con las primitivas. Entonces fué cuando Fr. Munio de Zamora, sétimo general de los frailes predicadores, escribió y redactó en veintidos capítulos la regla dada verbalmente por Santo Domingo, á fin de que se estableciese una perfecta conformidad en todas las casas y congregaciones de la tercera orden. En los siglos siguientes se hizo muy célebre esta orden, se extendió tanto como el de los frailes predicadores y fué ilustrada con un gran número de Santos y Beatas que han florecido en ella. Touron, lib. 1, cap. 17.

(N. del E.)

(1) Alb. Stad. an. 1182; Vading. Ann. S. Franc.; Vit. per. S. Bonav. c. 1 et seq.

vestido que se habia mandado hacer poco antes, encontró á un hombre de buena familia, pero pobre y muy mal vestido. Causóle tanta lástima, que se quitó su ropa, y obligó al pobre á que se la pusiese. Otro dia, yendo á caballo por el campo, encontró á un leproso tan desfigurado que sintió desde luego un vivo horror; mas reprimiendo al punto esta primera repugnancia de la naturaleza, y reflexionando que para adelantar en el servicio del Señor es necesario aplicarse principalmente á vencerse á sí mismo, saltó de su caballo y besó al leproso dándole limosna. Volvió luego á montar, y mirando á todas partes no vió á persona alguna, aunque todo era campo raso. Los autores de su vida han creído que su caridad, como en otro tiempo la de San Martin, tuvo por objeto al mismo Jesucristo. Pero lo que es mucho mas dichoso, es que estos actos heróicos de virtud le fijaron irrevocablemente en la senda de la perfeccion, y que desde entonces pareció siempre un hombre enteramente nuevo.

Ya no tuvo mas objeto que el servicio del Señor, la meditacion de las verdades eternas, sobre todo la caridad de un Dios hecho victima por los pecadores, el aumento del culto divino y el cuidado de los lugares destinados á él. Consagró desde luego las ganancias de su comercio á reparar las ruinas de una iglesia en otro tiempo célebre, á cuatrocientos pasos de Asís su patria; y despues dejó para siempre el tráfico de las cosas terrenas. Ofendido su padre de que hubiese abandonado la profesion de su familia, le hizo renunciar todo lo que podia esperar de la herencia paterna, y llegó su dureza hasta despojarle de sus vestidos. En vista de esto, Francisco, que aun no tenia veinte y cinco años, dijo estas palabras: «en hora buena, pues me veo abandonado del padre que tenia en la tierra, diré en adelante con mayor con-

fianza: Padre nuestro que estás en los cielos. En seguida salió de la ciudad de Asís, y se internó en los bosques alabando al Señor, y dándole gracias por haberle libertado de la servidumbre del siglo. Habiendo recibido una mala túnica de uno de sus mas antiguos amigos, se dedicó al servicio de los leprosos y al ejercicio de las obras mas mortificativas de misericordia y de humildad. Domicilióse despues en una pequeña iglesia llamada nuestra Señora de los Angeles, y mas comunmente Porciúncula, por el lugar donde estaba situada, á seiscientos pasos de Asís.

Un dia oyó leer en la misa aquel pasage del Evangelio en que el Salvador dice á sus Apóstoles: *no lleveis oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestro bolsillo, ni saco para el viaje, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo.* «Esto es, dijo, lo que yo busco hace tiempo y lo que deseo con todo mi corazón.» Inmediatamente dejó sus zapatos, su báculo, sus bolsillos, renunció al dinero, y no conservando mas que una simple túnica, arrojó el cinto de cuero y se hizo uno de cuerda, dedicándose á conformarse en todo con lo que acababa de oír como con regla practicada por los Apóstoles. En este estado comenzó á predicar la penitencia, y en breve se vió con siete discípulos que se redujeron á la misma pobreza, y concurren con igual ardor á la conversion de los pueblos. «Hermanos míos, les dijo, prediquemos penitencia mas bien con el ejemplo que con palabras. Confíemos en el Señor que ha vencido al mundo con su cruz. Hallaremos hombres duros que nos pagarán mal los bienes eternos que intentemos procurarles; pero ganaremos mucho sufriendo lo todo con paciencia y humildad. Muy luego muchos sábios y nobles vendrán á juntarse á nosotros, y llevarán las verdades de salvacion á los reyes y á los príncipes como tambien á los pueblos. Pero en todo tiempo guardémonos de censurar á aquellos que

viven con mas delicadeza que nosotros, ó que traen en sus vestidos adornos superfluos. Ellos son como nosotros hijos de Dios, y por consiguiente hermanos nuestros: él puede llamarlos á sí, y hacerlos mas agradables que nosotros á sus ojos. Muchas veces aun sin haber gustado el don celestial, no dejan de procurar el servicio del Señor, socorriendo las necesidades corporales de sus siervos y de sus ministros.

Los discípulos de Francisco comenzaron á llenar segun este plan sus funciones apostólicas. Predicaban con sencillez y sin acepcion de personas, dirigiéndose á los primeros que encontraban, inclinando á todos á amar y servir al Señor, á temer sus juicios y los castigos eternos destinados para aquellos que no guardan sus preceptos. Algunos los escuchaban con atencion y usaban de caridad con ellos; mas la mayor parte miraban con asombro su vestido extraordinario y la austeridad no menos singular de su vida. Les preguntaban de qué profesion y de qué nacion eran. Negábanles frecuentemente el hospedaje como á vagabundos y malhechores; de suerte que se veían reducidos á pasar noches enteras debajo de los pórticos de las iglesias. Algunas veces los cargaban de injurias ó los ultrajaban sin prudencia: los muchachos y el populacho les tiraban piedras y basura, y los llevaban por las calles tirándoles del capuz, mientras que ellos se complacian en sufrir estos oprobios en el ejercicio de su ministerio evangélico. Su desinterés no menos que su invencible paciencia disiparon al fin todas las preocupaciones, y les conciliaron en todas partes la veneracion pública.

Cuando Francisco vió que su compañía llegaba al número de once hermanos, y entre ellos un sacerdote llamado Silvestre, el primero de la orden que estuvo revestido de este carácter, dispuso en estilo sencillo una forma de vida que no era mas que los con-

sejos evangélicos reducidos á práctica, con las pocas reglas necesarias para la uniformidad de la observancia; y despues resolvió hacer aprobar esta regla por el Papa, sin otro apoyo que la proteccion divina. Habiendo hallado medio de presentarse, no sin trabajo, al Sumo Pontífice, Inocencio III, que naturalmente era perspicaz y estaba muy versado en los caminos de Dios, reconoció á pesar del exterior despreciable de este hombre una sencillez verdaderamente evangélica, una pureza admirable de corazon, y esas grandes miras y firmeza de resolucion que caracterizan el celo que tiene por principio el espíritu de Dios. Un sueño decidió al Papa á tomar afecto á Francisco, y se sintió inclinado á concederle lo que pedia; pero muchos cardenales reputaron singular este instituto y muy superior á las fuerzas humanas. Por una feliz casualidad se hallaba en Roma, Guido, obispo de Asís, que hacia mucho tiempo conocia y admiraba á su virtuoso diocesano. Este prelado dijo al Papa y á los cardenales: «Si no accedeis á la demanda de este pobre de espíritu, temed que os opondeis al mismo Evangelio, puesto que la forma de vida cuya aprobacion solicita no es otra cosa mas que la observancia de la perfeccion evangélica. Ahora pues, ¿no seria blasfemar contra Jesucristo, que es autor de ella, pretender que contiene alguna cosa imposible ó menos razonable?» Movidó el Papa Inocencio de estas razones, aprobó la regla del Santo, pero solo de viva voz. Acaecia esto en el curso del año 1210 (1).

Al salir de Roma Francisco y sus compañeros, llenos de confianza iban discurrendo juntos acerca de los medios de guardar fielmente su regla: no se detuvieron hasta que la flaqueza natural y la necesidad

(1) Vading. an. 1210.

de alimento les obligó á ello; pero el lugar era desierto, y no sabian cómo buscar algun sustento. Entonces se presentó un hombre que les entregó algunos panes, y desapareció al momento. Este cuidado de la Providencia los confirmó en la resolucion de no separarse jamás de la pobreza absoluta que habian abrazado. Esta era tan estrecha, que en su cabaña donde volvieron cerca de Asís, no tenian siquiera libros para rezar el oficio canónico; por cuyo motivo en el espacio de mucho tiempo, sus oraciones comunes y continuadas fueron casi todas mentales. Una cruz de palo colocada en medio de la cabaña donde se reunian, era el libro eficaz, cuya muda elocuencia producía en sus almas una fuente inagotable de luces y de santos afectos. El espectáculo de la naturaleza servia igualmente á elevar sus corazones hácia el Supremo Hacedor del universo, que admiraban y bendecian en todas sus obras. Aumentándose su número de día en día, á pesar de su austera indigencia, y no cabiendo ya en los estrechos límites de su cabaña, pidieron la iglesia de la Porciúncula á los religiosos benedictinos á quienes pertenecia y que era la mas pobre que habia en el pais. Obtuvieronla fácilmente; y Francisco, haciéndola su primera casa y como la cuna de su orden, se aficionó mas á ella que á ningun otro parage de la tierra (1211).

De allí iba á predicar á las ciudades y pueblos vecinos. Sus discursos no eran estudiados; pero su solo aspecto prevenia y enternecia los corazones. Tenia siempre el rostro elevado hácia el cielo, adonde su alma queria al parecer lanzarse: hubiérasele tenido por uno de los moradores celestiales desterrado en la tierra y suspirando sin cesar por su libertad. Conocido en fin de todo el mundo, fué tenido en tal veneracion, que cuando entraba en alguna ciudad corrian á tocar las campanas, y acudia todo

el pueblo y el clero llevando palmas y entonando cánticos. Unos le besaban las manos y los pies, otros tocaban sus vestidos, y se tenian por dichosos en poder besar la tierra que habia pisado. Su compañero lleno de admiracion á vista de tantos honores como recibia, se lo hizo presente. «Hermano mio, le respondió, ¿ignoraís que todos estos respetos se dirigen á Dios? A mí me corresponde devolvérselos, al modo de los homenajes rendidos á una estatua que deben referirse al original. ¿Habremos de privar á este buen pueblo de la recompensa que merece su fé honrando á Dios en la mas vil de sus criaturas?» Hizo conversiones célebres, y redujo al camino de la mas elevada perfeccion á muchas personas distinguidas, entre las cuales la mas notable fué Santa Clara, natural como él de la ciudad de Asís.

Era Clara de una familia noble, sus parientes por parte de padre y madre todos eran militares, y su fortuna proporcionada á su nacimiento (1). Fué prevenida con las bendiciones celestiales en el seno de su madre que la dió el nombre de Clara, porque le fué revelado que traia una niña que esclareceria á todo el mundo. Desde su infancia manifestó una tierna caridad para con los pobres y una inclinacion muy particular á la oracion. No tardó en tomar un cilicio que llevaba continuamente á raiz de sus carnes debajo de los vestidos preciosos que la obligaban á usar, y se negó á admitir un casamiento ventajoso, porque estaba resuelta á consagrar su virginidad al Señor. Penetrada de las máximas de perfeccion, casi olvidadas, que Francisco se esforzaba en recordar á los fieles, deseó conversar con este gran siervo de Dios, quien por su parte movido de la reputacion de tan ilustre virgen queria verla y unirla inseparablemente al Señor. En las disposiciones en

Vading. ann. 1212; Sur. ad 13 Aug.

que ella estaba, habria tomado bien pronto su partido bajo la direccion de un maestro tan santo. El domingo de Ramos del año 1212, y el diez y ocho de la edad de Clara, fué esta á la iglesia con las otras personas de su sexo y condicion adornada magníficamente, y al acercarse para recibir los ramos benditos, el obispo que estaba prevenido bajó al pie de las gradas del altar y la presentó una palma, en señal de la victoria que ella meditaba conseguir del mundo y de la carne. La noche siguiente vino acompañada como lo exigia la decencia á la iglesia de la Porciúncula, donde los frailes que cantaban matines la recibieron con velas encendidas. Allí dejó todos los adornos del siglo, se hizo cortar el cabello, se revistió delante del altar de un hábito de penitencia, y luego la acompañó San Francisco al monasterio de San Pablo, que era de religiosas benedictinas, hasta que pudo proporcionarla otro domicilio.

Sus padres, que se creyeron deshonrados con la humilde profesion de su hija, hicieron todos los esfuerzos posibles para que desistiese de su intento, moviendo contra ella una verdadera persecucion; mas no solamente se mostró ella inalterable, sino que al cabo de diez y seis dias atrajo á su hermana Inés, de menos edad que ella, á quien estaba mas estrechamente unida por la semejanza de las virtudes que por los lazos de la naturaleza. Francisco, despues de haber cortado con su propia mano el cabello de Inés, estableció entonces á las dos hermanas cerca de la iglesia de San Damian, que él habia reparado algunos años antes. Allí reunieron ellas muchas compañeras de su vida penitente, y formaron una comunidad que dió principio al instituto de las clarisas, ó segun la denominacion italiana, al orden de las mugeres pobres, capaz de asustar por el rigor de su observancia aun á los hombres mas esforzados.

Por el mismo tiempo vivía de una manera no menos admirable, aunque en estado menos perfecto, la bienaventurada Maria de Ognies, llamada así del lugar donde pasó la mayor parte de sus días en la Bélgica sobre las orillas del Sambre (1). En la edad de catorce años tomó el estado de matrimonio. Poco después inclinó á su marido á caminar como ella á la perfección y á vivir en perfecta continencia. Ambos se dedicaron por algun tiempo al servicio de los leprosos cerca de Nivelles, lugar de su nacimiento; pero no pudiendo ella sufrir ya más el concurso de aquellos que iban á visitarla por honor, se retiró cerca de un monasterio de canónigos reglares de Ognies, recién fundado y frecuentado de muchos ilustres siervos de Dios quienes se prometían grandes auxilios para su adelantamiento en la virtud. Ella con el buen olor de su vida atrajo allí también algunos, tales como el piadoso obispo Foulques de Tolosa, expulsado entonces de su Silla, y Jacobo de Vitry, sabio cura de Argenteuil, á quien predijo que sería obispo de Tierra Santa, como en efecto lo fué de Ptolemaida. Hizo ella á este servicios mucho más grandes que los que de él se podía prometer. La fama de la elocuencia de Vitry movió al Papa á darle la comisión de predicar la cruzada contra los albigenses. Pero como tenía claro talento é ideas mucho más sanas que las de su siglo con respecto á las cualidades de un orador, notaba con el mayor pesar que sus discursos no correspondían á sus conocimientos. Consolábase no obstante con las alabanzas que no dejaban de darle; pero la bienaventurada Maria le curó de la vana complacencia que tenía en esta especie de elogios, y corrigiendo el amor propio del predicador, remedió al mismo tiempo el defecto principal

(1) Boll. t. 22, ad 23 Jun.

de sus sermones, que provenía de amontonar en ellos muchas materias, de las cuales no presentaba más que lo brillante, sin poder desentrañarlas de un modo sólido y que interesaría.

Maria observaba en su retiro un continuo ayuno, y aun practicaba unas austeridades poco imitables, pero muy dignas de ser respetadas por razón de la inspiración divina de la que no es permitido dudar atendida la solidez de su espíritu y de sus virtudes. Una vez pasó los diez días que median entre la Ascension y Pentecostés sin probar bocado, sin aflojar en sus ejercicios laboriosos, y sin sentir la menor flaqueza. Miraba el trabajo como una penitencia impuesta á todos los hombres después del pecado de nuestros primeros padres. Esta razón fué la que la movió á abandonar todos sus bienes y á verse así en la necesidad de trabajar, tanto para procurarse el vestido y el alimento indispensable, como para satisfacer á la inclinación que tenía á socorrer á los menesterosos.

Sus ejemplos contribuyeron poderosamente á mantener en su patria el espíritu de fé y de piedad que distinguía entonces á los flamencos entre todas las naciones cristianas. Los cruzados venidos de estas provincias para combatir á los albigenses fueron, aun en medio del estruendo de las armas, un espectáculo de edificación y de admiración á los ojos del piadoso obispo de Tolosa. Cuando este fué á Flandes como también Jacobo de Vitry, la admiración de estos dos santos personajes llegó hasta el entusiasmo. «Les parecía, dicen, haber dejado el Egipto y entrado en la tierra de promisión.» Admiraron particularmente en el sereno devoto el profundo respeto de que se mostraba penetrado, tanto á las cosas santas como á sus ministros, tan despreciados en el Langüedoc, respeto que se manifestaba en todo el exterior y hasta en las

menores acciones. Vieron en diferentes lugares compañías de vírgenes que con la humildad más austera solo vivían del trabajo de sus manos; no obstante que muchas de ellas eran de familias ilustres y opulentas. Algunas mugeres, igualmente consagradas á Dios, se aplicaban con desvelo verdaderamente maternal, á preservar aquellas almas puras del contagio del siglo, y arraigarlas en la práctica de la vida perfecta. Las viudas más ocupadas en agradar á Dios que lo habían estado jamás en agradar á los hombres, pasaban su vida en los ayunos y vigiliias, en la oración, en el trabajo y en las obras de caridad. También las mujeres ligadas con los cuidados del matrimonio, educaban sus hijos en el temor de Dios, guardaban á menudo continencia para vacar mejor á la oración, y muchas la observaban habitualmente con consentimiento de sus esposos. Todas despreciaban los juicios y los discursos mundanos, que no atreviéndose á impugnarlas directamente, hacían de ellas el objeto de sus escarnios. Una brillante prueba del horror estremado que tenían á los pecados la dieron en los desórdenes que las guerras civiles ocasionaron en algunas ciudades de los Países-Bajos. Muchas en Lieja se echaron en los ríos y en las cloacas para salvar su honor, y atendiendo el Señor más bien á la intención que á esta conducta, la justificó en algun modo, no permitiendo que alguna de ellas pereciese. El cielo favoreció á algunas con los dones más extraordinarios, los que Jacobo de Vitry tuvo el cuidado de transmitirnos (1). Atribuye sobre todo el don de milagros á la bienaventurada Maria de Ognies; y en la historia que de ella compuso refiere muchas maravillas obradas durante su vida y después de su muerte, que aconteció el 23 de junio

(1) Cap. 66.

del año 1215, el treinta y seis de su edad. Hace muchos siglos que es honrada como bienaventurada en el país donde se retiró, y aunque largo tiempo después de su muerte edificó con la memoria de sus virtudes.

Pero mientras que en un ángulo del mundo se ofrecían á la vista vestigios tan hermosos de la fé primitiva, la relajación que cundía por todas partes hizo pensar seriamente en la reforma y en la celebración del concilio general convocado ya para este fin. La corrupción de costumbres llegó á infestar hasta el manantial antes más fecundo y puro de la instrucción pública. Todos los estudios florecían con esplendor en la universidad de Paris. En ella se estudiaban no solo las artes liberales, sino también la medicina, el derecho civil y canónico, y con particularidad la teología. Concurrían de todos los climas una multitud prodigiosa de estudiantes, atraídos por lo delicioso del pueblo, por la abundancia de las comodidades de la vida, y por la protección especialísima que sucesivamente les concedieron los dos reyes Luis el joven y Felipe Augusto. Los innumerables estudiantes estaban divididos por naciones, ingleses, alemanes, italianos y franceses; y entre estos los normandos, potevinos, bretones, borgoñeses, brabanzones y flamencos; pero cada uno de estos grupos estaba aun más caracterizado por algun vicio particular que por el lugar de su origen. La diversidad de sectas y de sistemas producía una división todavía más peligrosa que la de las opiniones. El menor de los defectos era estudiar por vanidad, por una emulación envidiosa, por interés y por ambición.

Un profesor de lógica llamado Amalario, y aun más abiertamente sus discípulos, vinieron con sus sutilezas á dar en la herejía y en los más detestables principios de perversión. Sostenían que cada uno podía